

HOMILIA

Celebración: Celebración del Sagrado Corazón de Jesús
Lugar: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Fecha: 24 de junio 2022
Hora: 12.00 hrs.

Saludos

Al iniciar estas palabras quiero hacerlo saludando al Vice gran Canciller, P. Cristián Eichin ofm, al Señor Rector, Don Claudio Elórtégui Raffo, a cada uno de los miembros de Consejo Superior de esta Pontificia Universidad. Saludo igualmente a los Decanos de cada una de las Facultades, al Cuerpo Docente, al personal administrativo y auxiliar. Saludo especialmente a los aún candidatos a suceder en la rectoría a Don Claudio. Que imagino estarán muy ansiosos esperando las noticias que vengan de Roma.

En el Evangelio que hace unos minutos fue proclamado, escuchamos una parábola que imagino es bastante conocida por la mayoría de nosotros. La parábola de la oveja perdida. Sigue a esta parábola la de la moneda perdida. Ésta, como la que le sigue, son conocidas como las parábolas del perdón. En ellas defienden e iluminan la actitud de Cristo que perdona los pecados de la humanidad, rompe las barreras religiosas y convoca a los perdidos a su reino. Es más, podemos descubrir algunos personajes relevantes: los recaudadores de impuestos y pecadores, los maestros de la Ley y los fariseos, la oveja perdida, el pastor.

Sabemos que tanto los recaudadores de impuestos como los pecadores en tiempos de Jesús eran personas consideradas impuras. Por lo tanto, se les despreciaba. Una persona de bien, no se juntaba con ellas.

Si miramos la sociedad hoy podemos veremos que en ella hay un sin número de categorías muchas de ellas también consideradas impuras y con las cuales no es conveniente relacionarse. Estoy pensando en los

drogadictos, en los traficantes, criminales, en los “cumas”, en las personas con ideas políticas diferentes a las nuestras, etc.

Otros personajes son los maestros de la ley y los fariseos. Ellos eran considerados y se consideran puros y santos. A ellos había que rendirles pleitesía, darle los mejores lugares, etc.

Si miramos nuestra comunidad eclesial nos vamos a dar cuenta que la situación no ha cambiado mucho. A veces nosotros, los clérigos, nos gusta mantener el dominio de todo y sobre todos. Un clericalismo no sano. Pero también en el laicado encontramos situaciones no sanas. Me preocupa el neoconservadurismo que existe en muchos laicos. Neoconservadurismos que se ha brotado sobre todo en estos tiempos de pandemia. Es una situación socio-religiosa que debemos estudiar.

Además, está la oveja perdida; ella engloba todos estos personajes a los cuales hemos hecho referencia los impuros y pecadores, los drogadictos, los traficantes, los criminales, los “cumas”, los que tienen ideas políticas diferentes a las nuestras, los neoconservadores y tantos otros que menospreciamos.

Finalmente, el Pastor. Sabemos que este pastor es una imagen de Jesús. Un pastor que es capaz de dejar todo para buscar esa oveja que se ha perdido. Sale en la noche, con todo lo que implica y los peligros que conlleva esta arriesgada acción. Al encontrarla no solo la regresa al redil, sino también pone sobre sus hombros, con todo lo que significa este gesto. Es un gesto de perdón.

Es hoy cuando más se necesita pastores. Es hoy cuando más todos necesitamos ser pastores al estilo de Jesús. Saber salir al encuentro de aquellos que son despreciados, de aquellos que están quedando en la berma de la vida, de aquellos que la sociedad de hoy rechaza y ponerlos sobre nuestros hombros para conducirlos al redil.

Disculpen que cambie en este momento el sentido de mi reflexión, que salga de la contemplación del texto de la Sagrada Escritura y centre mi mirada en los desafíos que como cristianos tenemos hoy en día.

No podemos negarlos: vivimos tiempos nada fáciles. Parece que todo a nuestro alrededor se tambalea y cae. Todo es cuestionado, lo que por siglos se ha construido ahora se desecha o se bota. En fin, nos enfrentamos a una mentalidad deconstructivista que hace un lustro no imaginábamos nos enfrentaríamos.

Este tema podríamos desde muchas ópticas. Pero me gustaría verla desde una perspectiva universitaria. Lo hago reconociendo que no soy un académico, sino un pastor.

En las últimas décadas se ha instalado con fuerza una idea que el desarrollo es sólo económico y los problemas se solucionarán en la medida que haya más dinero, ciencia y tecnología.

Los resultados a esta idea están a la vista: violencia, injusticias, incapacidad de dialogar, grupos atrincherados donde unos defienden sus privilegios y otros exigiendo derechos. En fin, mucha rabia e iniquidad.

Conceptos como el deber y el bien común, el valor del ser humano están ausentes de la reflexión ciudadana. La violencia se ha transformado en la herramienta para resolver conflictos. Hoy ya no se reconoce la verdad objetiva, cada uno tienen “su verdad”.

Todo esto podría ser revertido con una educación entendida como formación de la persona para vivir en comunidad, donde el diálogo se la forma en la cual las personas se relacionan y solucionan sus conflictos.

A las nuevas generaciones hay que reencantarlas en el pensar y descubrir lo que es cierto la verdad objetiva, aunque vaya en detrimento propio. Cambiar la cultura de tener, del éxito fácil, por la cultura del ser.

Somos una institución cristiana, por ende, nuestra mirada está en la persona humana. Esto nos obliga a formar personas, en su integridad humana y profesional.

Nuestras puertas están siendo golpeadas por jóvenes profundamente heridos y frustrados por las ideas que en las últimas décadas han aflorado entre nosotros. Son jóvenes que llegan con profundas frustraciones y que han sido marginalizados de diferentes maneras, incluso marginalizados por la ausencia de sus padres en sus vidas. Esa rebeldía la manifiestan de diferentes formas. Incluso rayando su propia casa de estudios.

A ellos, como lo hizo el Pastor, debemos ponerlos sobre nuestros hombros y conducirlos al redil. Hacer de ellos personas de bien para sus familias, la sociedad y el país.

En las últimas semanas se ha estado debatiendo si nuestras instituciones universitarias son un servicio público o privado. Personalmente estoy convencido que podemos considerarnos un servicio público, pues estamos formado profesionales para el país y no sólo para la Iglesia. Pero sí es nuestra obligación formarlos integralmente. También en su dimensión humana. Si solo los formamos profesionalmente estamos fallando gravemente a nuestra vocación como una Universidad Católica. Y seremos parte de la continuidad de una mentalidad que ha llevado al dolor y el sufrimiento de muchos.

Que el Sagrado Corazón de Jesús nos ayude a ser formadores integrales.